

# MUSEO DE LA DERECHA

FRANCISCO UMBRAL

**N**O es el Patrimonio Artístico Nacional ni una subasta Durán, lo que aquí sale, sino el Museo de la Derecha que algún día habría que escribir-describir completo, pero que, por mi parte, se va a quedar en esta muestra, precatálogo o cosa, como Antología Nacional del Mal Gusto o enunciado de Usos y Consumos que todavía disfruta una clase mental -más que social- en sus Fielatos. He ahí algunas piezas perdidas y encontradas, sueltas y signicas -por casuales- del posible Museo Nacional de la Derecha Auténtica (r).

## La letra picuda

*La calidad de un artista se define por la cantidad de pasado que contenga su obra.*

Juan Gris

El Museo de la Derecha, en el que todavía vivimos muchos españoles como figuras de cera de cirio rizado de Semana Santa, es un museo imaginario, algo malrauxiano y, en todo caso, manuscrito con esa letra picuda de todas las señoritas bien de España, que escriben como la monja madre, y que tienen, asimismo, una ideología picuda (si es que tienen una ideología), una sexualidad picuda (o sea, que no tienen una sexualidad) y un alma picuda. Quiero decir un alma que iba para ojival o gótica, pero se quedó en picuda por deformación y poquedad de las monjitas. Porque lo picudo no es sino un gótico fracasado. El gótico que baja de Europa como un bosque adherido a la piedra (como la hoja invernal se adhiere al parabrisas), en España fracasa y se queda solamente en picudo, socialmente, sociológicamente. España es el rompeolas, el fracaso de cristales de casi todos los movimientos europeos de la modernidad, desde el primero, el gótico, que aquí se queda en picudo (salvo tres catedrales). Así, la reforma

se nos hace picuda de contrarreforma; Erasmo se torna picudo de jesuitismo, y la hermosa escritura femenina y provenzal de las Cortes y las cartas de amor, aquí se queda en letra picuda de las niñas bien que han ido a las monjas.

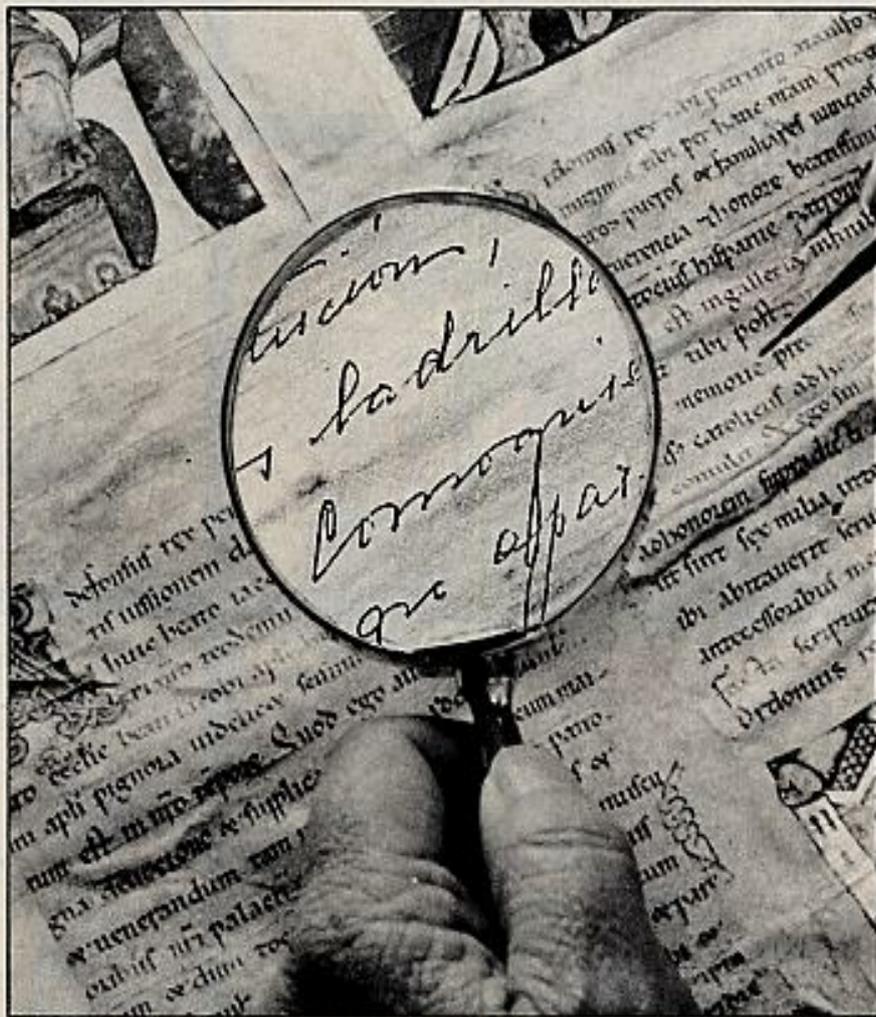
Uno cree que se lleva -al altar o al río- una niña gótica, y resulta que sólo se lleva una niña picuda. (La picuda de hoy es la bruja de mañana, Dios y Goya mediante). Lo picudo español (en política, en religión, en convivencia, en grafología) es el fracaso de la ojiva europea.

## Los pregoneros

No me refiero a los lañadores, paragueros, colchoneros, arreglaores de cosas en general, chamarileros, buho-

neros y mieleros de la Alcarria que perfumaron con su pregón matinal nuestra infancia provinciana, y que todavía meten algún dulce curchillo de pastor por entre la sangre negra, el petróleo y la colza de Madrid.

Me refiero, obviamente, a los pregoneros literarios de oficio -tampoco a los de ocasión o compromiso-, a ésos que están en un café o una oficina de Madrid esperando que les llamen de alguna provincia para pregonar lo que sea: los caldos de la tierra, la altura de los picos de la región, la calidad compacta y local de las señoritas, la prudencia del señor gobernador, la Virgen (recambiable) de las cosechas, el alcalde de Zalamea, aunque no estén en Zalamea (para ellos es Zalamea todo el año), la traída de las aguas o la exportación corchotaponera comarcana.



*«El Museo de la Derecha es un museo imaginario, manuscrito con esa letra picuda, de ideología picuda, sexualidad picuda y alma picuda.»*



que ahí comienza/termina mi carrera de pregonero, y por eso les meto ahora, con resentimiento, en este esbozado/improvisado Museo de la Derecha.

## Lo sicalíptico

*El erotismo es el momento peligroso de la sexualidad.*

Umbral

Porque la palabra «sicalíptico» es espúrea y no existe. Porque la derecha pensante e impensable encuentra siempre horribles eufemismos para hablar del sexo (dice Cela que, todo eufemismo, en castellano, es de ori-



*«La galería de lo sicalíptico va desde la pulga de la Chelito a la mantequilla del último tango.»*

*«Me llamaron una vez a hacer un pregón en una capital y se me pasó la reverencia a las autoridades y el soneto a la reina del rollo.»*

Son una literatura residual del franquismo que entienden la palabra como adorno y no como incendio, la retórica como situación lisa del lenguaje y el clasicismo como Pemán. A mí me llamaron una vez a hacer un pregón en una capital y se me pasó la reverencia a las autoridades y el soneto a la reina del rollo, lo cual que era muy mona y me la hubiese traído a Madrid de gogó, a una discoteca, pero yo es que sonetos no sé hacer. Me salen en prosa. Más que un pregón, me salieron las memorias de un niño de derechas/izquierdas. Lo cual

gen judío), porque sicalíptico nace, simplemente, de una errata de imprenta, porque nuestra pequeña burguesía (es pequeña aunque tenga muchas hectáreas), si es inculta, dice sicalíptico o verde, y si es semialfabeta, lo dice en francés, como *poitrine*, e incluso en latín, cuando se trata de madre expectante, sin saber latín ni saber de verdad lo que es una madre expectante.

En nuestro Museo de la Derecha, la galería de lo sicalíptico va de la pulga de la Chelito a la mantequilla del

último tango, que se pone en todas las cenas bien (8 mm.), a los postres, como antes se ponían las diapositivas del veraneo y luego se ha puesto el videotejero.

Lo que quiere decir, en fin, que nuestra derecha nunca sabe qué hacer después de la cena, o sea, que se aburre (también antes de la cena), y ese aburrimiento histórico sólo conoce dos salidas o sublimaciones: hacia lo sicalíptico, por abajo, y hacia el motín, el pronunciamiento o la asonada, por arriba.

## La nieve

*«Ya no va a nevar más, porque han echado sal en las calles.»*

(De una tía de Marcel Proust)

La nieve es de derechas, sí, y muy de derechas, porque la nieve —como la música, la ciencia, la Luna, Bach, Platero, El Greco y las puestas de Sol— ha sido manipulada por la derecha.

Hay una intoxicación ideológica de la nieve. «Los niños terribles» de Cocteau comienza con un golpe de bola de nieve en el pecho enfermo de un niño, «como el puñetazo de una estatua». Lope en sus villancicos, Adriano del Valle en los suyos, los cronistas municipales que escriben lo del «blanco sudario de la nieve», Dickens en sus cuentos navideños (la novela burguesa/antiburguesa es «un compromiso burgués») y el cine de Hollywood siempre que mete unas navidades con nevadón en Nueva York, han efectuado esta manipulación de la nieve, que era ilusa como la música de Bach o la blancura de los blancos de Zurbarán, que son abstracción pictórica, cosa *mentale*, y hoy la derecha cree que son suyos.

Porque debemos distinguir entre objetos segregados naturalmente por una cultura de derechas (conservadora, inmovilista, immanentista, finalista, reaccionaria) y objetos saqueados por la derecha, reconvertidos y reciclados a partir de la cultura de la izquierda, de la cultura simplemente, e incluso de la naturaleza, como la nieve.

El atrezzo de nieve que se le pone a un Dios palestino en todo Occidente es una insolente militarización de la nieve por parte de la teología. La derecha necesita ya de la nieve —que parece una cosa tan tonta— como la izquierda del caviar, hasta el punto de que en todos los grandes almacenes navideños hay nevadones de nieve sintética, acrílica, poliestérica o de silicón.

En *Annie*, naturalmente, cuando las cosas no van bien, nieva.

## Los muertos

*Hoy día ya no hay muerte:  
sólo hay sepelios.*

Ramón Gómez de la Serna

Los muertos son todos de derechas, claro. Es de derechas morir, incluso, porque es darles la razón a quienes nos pronosticaban un mal fin por nuestra mala vida y nuestras ideas francmasónicas.

Los muertos de izquierdas también son de derechas, pues que enseguida los recicla la derecha, le da color al difunto, se apropia de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Machado, Lorca, Miguel Hernández y Picasso, y mete a Largo Caballero por Cartagena.

La derecha comercia mucho con sus muertos y los ajenos, y no sólo con los ilustres, sino también, y sobre todo, con sus muertos particulares, familiares. Desde *El libro de los muertos*, de los egipcios, hasta la crónica de los fieles difuntos, en el *Ya*, que hace balance del personal que ha ido a la Almudena a merendar con el ocioso, los muertos son ocasión de tener a raya a los vivos.

Charles Maurrás se atrevió a decirlo de una manera respingona, al hablar de «la tierra y los muertos», que no era sino el rizoma que estaba en el subconsciente colectivo y jungiano de la derecha. Desde la voluta mortuoria y barroca de las pompas fúnebres al rizoma psicoanalítico de Jung, los muertos son la autoridad a que se remite la derecha para someter a sus vivos, abusando, sobre todo, de que los muertos son poco dados a opinar. La derecha tiene más soltura que nadie para sacar a sus muertos de paseo el día del Corpus, por Navidades o Semana Santa, y hasta les llevan a votar cuando la ola de erotismo electoral nos invade, que en las últimas notaciones nacionales, constitucionales y municipales han salido muchos votos de gente que estaba muerta (hasta yo me he encontrado algún difunto en la cola del colegio electoral), y siempre el voto de la muerte es voto a la derecha.

El general Franco, no sabiendo qué peana histórica ponerle a su falta de juridicidad, se sacó el Valle de los Caídos, o sea, un soporte de muertos. Yo no se lo reprocho, que lo mismo habían hecho los egipcios, con ser los egipcios, pero ya dijo Albert Camus que las pirámides están construidas «con sangre y latigazos», y no sé si la retórica de Camus es aplicable a la

redención de penas por el trabajo franquista, que Damián Rabal estuvo picando piedra en Cuelgamuros, y no por entusiasmo faraónico, hasta que se escapó a Riscal de cazatalentos para el cine:

—En una noche pasé de los chicharros al caviar, Paquito.

## El reuma

*Llevo siempre ante mí el pálido  
rebaño de mis enfermedades.*

Quevedo

El reuma es de derechas y se merece un icono reumático en el Museo imaginario de la Derecha, en cuanto que el reuma físico suele aparecer en el ciudadano al mismo tiempo que el reuma intelectual o del alma, y no es sino expresión articular de éste.

A cierta edad, entre los 40 y los 50, todos tenemos ya la edad de nuestro siglo. A cierta edad, sí, toda mujer es el símbolo simbolista, con piernas, de su época, como el hombre es —ay— la caricatura con tirantes de esa época. A cierta edad, entre los 40 ó los 50, al hombre le entra el reuma de alma, la pereza mental, el amaneramiento (que no hay que confundir como en manierismo) en lo que hace o en cómo lo hace: política, sinfonías, export/import, pintura neoexpresionista, sonetos.

A cierta edad, el hombre, o crece o

muere. O cambia de manera y salta fuera de sus pantalones, o se queda ya para siempre en un clisé reumático de lo que fuera su juventud. Fraga Iribarne, con toda su marcha, no es sino un ministro de Franco al que le ha cogido una mala postura, un mal aire, y se ha quedado para siempre en eso, y todo su vertiginoso franquismo no es sino la manera que tiene de disimular que lo suyo era emborronar de almagre los muslos de Rita Hayworth y prohibir las novelas de Carlos Fuentes.

Calvo Sotelo, presidente de la cosa, es el modelo incluso excesivo de reumatismo político, de quietismo bancario, de conservadurismo marengo y de un entendimiento de la gran música —la gran subversión del hombre frente al cielo y la tierra— como un grato intermedio hasta la hora de la cena. Nuestro teatro de pretensión más revolucionaria padece el viejo reumatismo realista que le dejaron las humedades y muchas lluvias del siglo pasado, y puede que el realismo, en arte, no sea sino eso, un reumatismo que inmoviliza la vida, el pensamiento y la primera actriz en una sola postura. Rusia aún no padece los reumas de Breznev cuando Nijinski, agilísimo, podía mantenerse unos momentos en el aire, contra la gravitación, Newton y su manzana, Kant y su paloma.

El reumatismo corporal que tratan los reumatólogos no es sino la expresión expresionista de un reumatismo biográfico e ideológico que agarra al



«Hay una intoxicación ideológica de la nieve, que la derecha necesita tanto como la izquierda el caviar.»

hombre en la edad crítica, salvo cuatro Picassos que hacen la revolución permanente hasta la muerte, para que, al fin, don Inigo Cavero los embalsame en una urna de cristal del Casón, que ya hemos visto en esta lección de cosas, o silva de varia lección que es el Museo de la Derecha, cómo ésta acaba quedándose con los muertos de todos y dándole color al difunto.

## El estilo literario

*No le demos al mundo  
armas contra nosotros,  
porque las utilizará.*

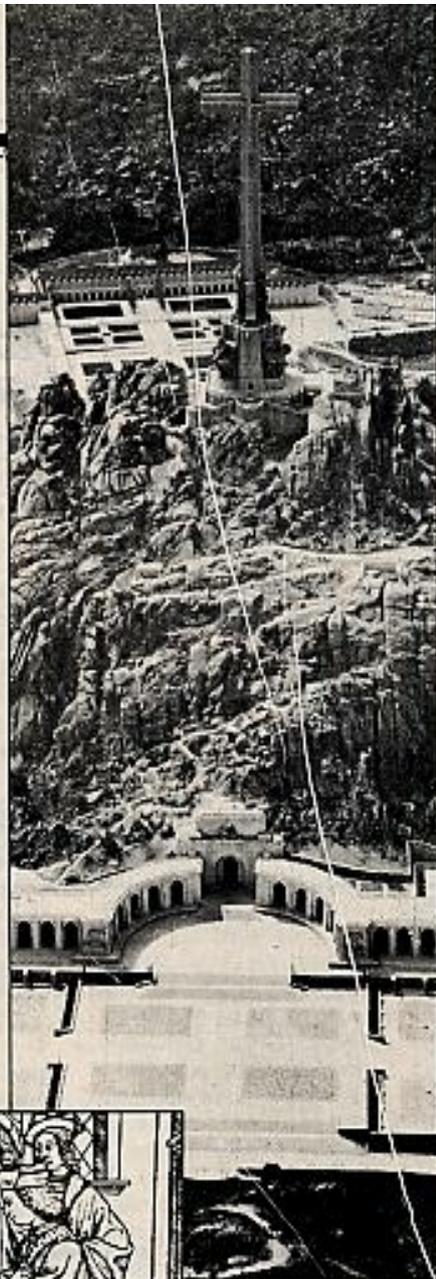
Flaubert

Digamos, finalmente, que tener un estilo literario es de derechas. Como tener un estilo artístico, oratorio o vital. Esto, naturalmente, es un tópico, una acuñación española de cierta izquierda que no tienen un estilo, y por lo tanto no es izquierda. Georges Bataille habla de la escritura «profundamente poética» de Marx. Aparte marxismos, he echado siempre de menos un estudio estilístico de aquel romántico de los números, cuya



creación de un dialecto literario, económico y sociológico propio justifica ya aquello de los poetas españoles: «La poesía es un arma cargada de futuro». Baudelaire está presente en toda la poesía que se ha hecho después de él, hasta hoy mismo, como Marx está presente en todo el ensayismo de un siglo, incluido, por supuesto, en ensayismo antimarxista. Sobre todo el antimarxista. Es lo que, a nivel nacional, pasa con Ortega y los antiorteguianos.

Así pues, quienes no han leído a Marx o sólo le han leído como si fuera una estadística o un panfleto, o un machihembrado de ambas cosas,



*«No sabiendo qué  
peana histórica  
ponerle a su falta  
de juridicidad, el  
general Franco se  
sacó el Valle de los  
Caidos, o sea, un  
soporte de  
muertos.»*

*«A cierta edad,  
entre los 40 y  
los 50, al  
hombre le entra  
el reuma de  
alma, la pereza,  
mental, el  
amaneramiento.»*

*«Hay un estilo  
de editorial de  
periódico, una  
"voluntad de  
estilo" que llegó  
a su plenitud en  
el ARRIBA del  
Movimiento.»*

creen que tener un estilo es de derechas, y lo es en la medida en que la derecha literaria, recreativa, cultural y artística ha confundido *estilo* con *preceptiva*. La oratoria, la retórica, la elocuencia, que son las tres virtudes teológicas de un estilo de derechas (Pereda es un novelista oratorio, Revuelto es un pintor retórico, Fraga es un político *elocuente*), deben ser violadas y violentadas, como las tres Gracias, por un estilo macho que suponga el *momento peligroso* de la escritura, el otro lado del habla, el dialecto lírico y secreto interior al lenguaje.

Tienen un estilo los pregoneros de juegos florales que hemos revisitado en este Museo de la Derecha. Hay incluso un estilo de editorial de periódico y una «voluntad de estilo» en la manera de confeccionar periodísticamente, voluntad de estilo que llegó a su plenitud en el *Arriba* del Movimiento, un suponer, y donde la modernidad técnica y estética (modernidad de entonces, años 50/60) eran tanta y tan denodada que daba qué pensar. Aquella movilidad estética estaba encubriendo un letal inmovilismo ideológico, o esa inmovilidad absoluta que es el vacío. A la inversa, ha habido publicaciones que mediante la lijeza de su estética han querido transmitirnos la invariabilidad de su pensamiento. Tener un estilo, sí, como tener un traje para los domingos (hoy, una ropa *informal*, denotadora de que toda la semana hemos sido *formales*), es de derechas. Pero ser un estilo (en literatura, no sólo el estilo es el hombre, sino que incluso el género es el hombre: no hay teatro y novela, sino Shakespeare y Cervantes), consistir en «una vasta y poderosa literatura», como quería Borges de Quevedo, eso es vaciarse en la obra, derrocharse, en contra del economicismo estético burgués, eso es perderse jubilosamente, o sea, salvarse del Museo de la Derecha. ■ F. U.